

SOMBRA ROSA

Por

REMY ADOLFO VENGOA CUELA

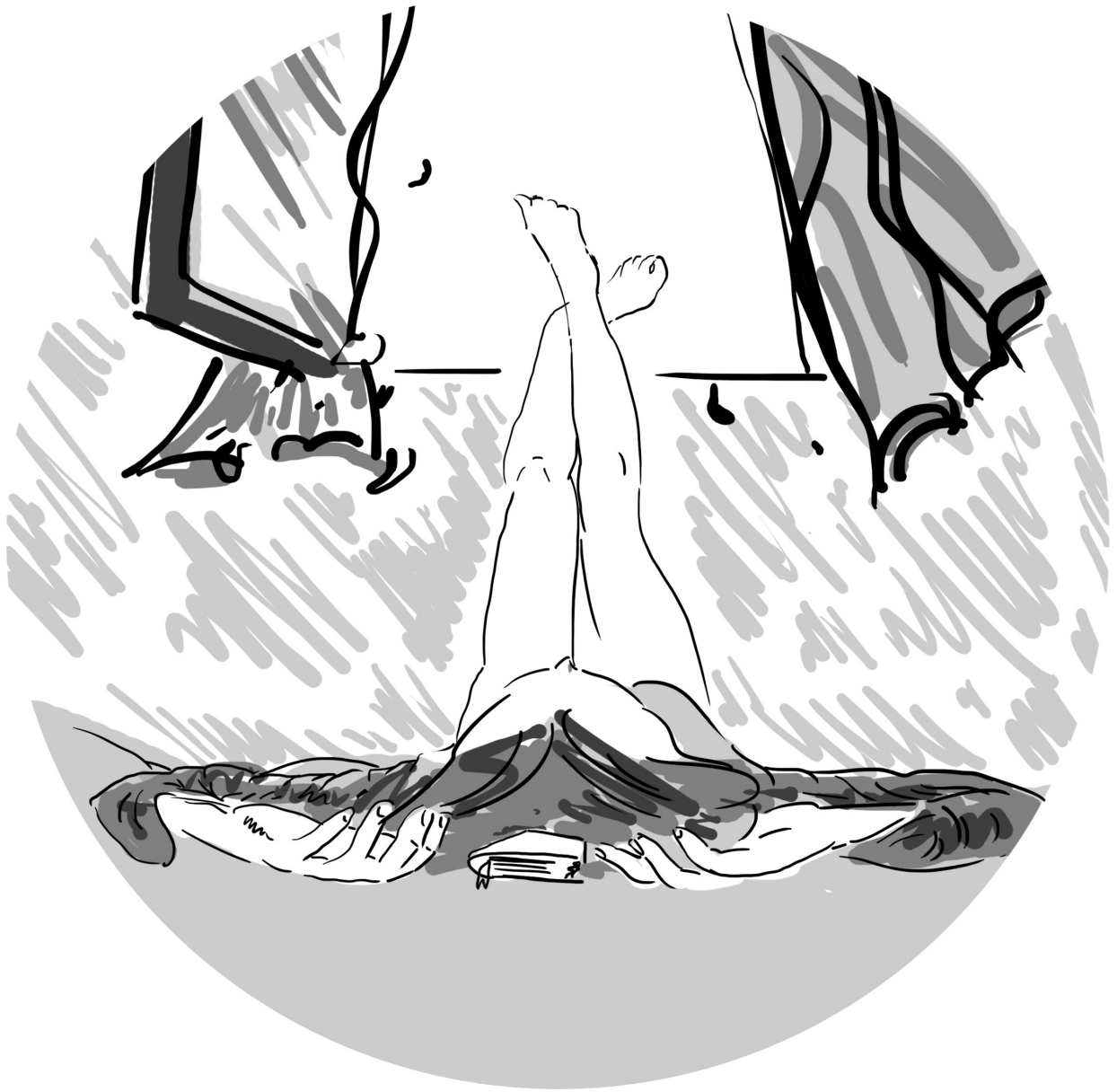
Entró por la ventana de la cocina. Se había tomado varias horas vigilando la casa para asegurarse de que estuviese completamente vacía a la hora de ingresar. Aun así subió cuidadosamente las escaleras de caracol hasta el primer cuarto a la izquierda. Tomó el manubrio de la puerta con su única mano libre y la empujó con cuidado. Las bisagras crujieron, pero la puerta cedió con facilidad y de pronto se sintió abrazada por su aroma. “Le Male, de Jean Paul Gaultier”, exclamó extasiada la quinceañera y se dejó caer de sopetón contra la cama de sábanas azules. Soltó el cuaderno rosa que llevaba en la mano y presionó fuertemente una de las almohadas contra su rostro, cuando sintió su delicada textura aspiró frenéticamente. Envolvió su delicado cuerpo entre las sábanas y cerró los ojos por unos segundos.

No era la primera vez que entraba a la casa de Mariano, pero sí era la primera vez que se atrevía a ingresar a su cuarto. La dicha se mezclaba con adrenalina y el éxtasis con terror. Le tomó varios minutos asimilar lo que acababa de hacer, aunque lo había estado planeando por semanas nunca creyó que podría llegar tan lejos. Estaba en su cuarto, dentro de su cama, envuelta con sus sábanas, sumergida en su aroma. De pronto el mundo perdió significado, ya nada importaba. Era feliz. Mejor dicho, casi feliz, solo le hacía falta él.

Después de casi media hora de haber permanecido en aquel estado, se levantó abruptamente y su cara palideció. Revolvió entre las sábanas tan azules hasta percibir el contraste con el rosa de su cuaderno. Lo asió con fuerza contra su pecho. Se sentía completa de nuevo. Se arrodilló sobre la cama y lo abrió. De él cayó un mechón de cabello pelirrojo envuelto en una cinta rosa. Ella lo recogió con ternura maternal y acarició con él su rostro. Lo colocó a un costado y empezó a revisar su bizarra colección, la cual estaba decidida a completar hoy a como diera lugar. En la primera hoja estaba escrito su nombre en letras rosa adornadas con detalles dorados y plateados: “Mariano Caernarfon”. A partir de la segunda se podían encontrar los objetos más extraños: gomas de mascar secas; puntas de lápiz; pedazos de hojas y recibos; retazos de tela; e incluso una grotesca costra que ella juraba le pertenecía. Este último objeto, junto al mechón de pelo atado con un listón rosa que yacía junto a ella, eran los más valiosos de su colección.

Al terminar su minuciosa revisión, levantó el rostro y analizó centímetro a centímetro el cuarto de su amado. Lo primero que atrapó su mirada fue un telescopio muy largo que estaba en la ventana. “¡Es uno de esos románticos que miran el vacío buscando respuestas!”, exclamó cautivada. Al levantarse para revisarlo no se percató de que la mira estaba dirigida al departamento de Sofía, siendo más precisos, a su habitación. Puso sus manos delicadamente sobre el aparato, y tanteó cuidadosamente cada pieza de aquel artefacto, intentando predecir su funcionamiento. Finalmente se dio por vencida y siguió curioseando.

En el estante de libros no encontró nada que a ella le resultara interesante, los únicos textos existentes eran unos cuantos números antiguos de historietas discontinuadas y libros de ciencia ficción. Al abrir uno de ellos se sorprendió al encontrar entre sus páginas una revista pornográfica. Soltó repentinamente el libro al suelo presa de asco y la decepción. Se negaba a creer que él fuera capaz de tener en su poder una cosa así. No cuadraba con su personalidad, siempre tan taciturno, tan educado, tan misterioso. Obviamente debía tratarse de un error. Lo más probable es que fuera la revista de alguien más, seguramente de Miguel. Sí, tenía que ser eso, era la única explicación razonable, ya había visto a Miguel con ese tipo de cosas antes en la escuela. Pavoneándose frente a los muchachos por todo lo que él conocía y lo que ellos no, haciendo gala de su idiotez. No se puso a pensar en que Miguel y Mariano nunca se hablaban, que Miguel odiaba a Mariano a muerte y no le importaba demostrarlo en público por medio de humillaciones y que Mariano todos los viernes, al terminar



la escuela, caminaba religiosamente por una ruta distinta a la habitual y entraba a una tienda de dudosa reputación en la que lo más inocente que se traficaba era ese tipo de revistas. Ella debería saberlo muy bien pues lo seguía a una prudente distancia todos los días desde hace ya más de tres meses pero en ese momento le pareció irrelevante y no lo consideró.

Se avergonzó por haber pensado mal de su amado, así que recogió el libro del suelo y lo devolvió al estante, hizo lo mismo con la revista, pero después de pensarlo mejor, la volvió a retirar de su lugar y la rompió en varios pedazos que luego tuvo que guardar en sus bolsillos para no dejar huella alguna.

Después de esculcar los cajones de toda la habitación, recolectó un gran botín y lo esparció por toda la cama. Se sentía orgullosa de lo que había logrado acopiar: una fotografía tamaño carné de Mariano; un frasco vacío de su colonia favorita; unos audífonos viejos que tenían solo un auricular utilizable; un cortaúñas y una de sus ropas interiores. Sacó el cuaderno rosa de entre las sábanas azules y pegó cuidadosamente en él, con goma que había encontrado sobre el escritorio, la foto tamaño carné de su amado. Cuando vio completa su colección, se puso a revisar página por página de nuevo y al llegar al final, estampó tiernamente un beso sobre el rostro inmortalizado en la hoja de papel de su cuaderno rosa. Junto finalmente las tapas del cuaderno y las aseguró con una de las cintas que tenía amarradas en el brazo derecho. Luego colocó el resto de sus tesoros sobre la prenda íntima de su amado, la cual utilizó para envolverlos y finalmente ató todo con otro lazo rosa.

Se levantó de la cama y la tendió amorosamente, estampando besos y caricias sobre las almohadas y las sábanas azules. Cuando terminó, echó por última vez un vistazo a la habitación de su amado y salió sigilosamente cerrando la puerta. Bajó escalón a escalón, y cruzó todo el pasillo hasta llegar a la cocina, cerró la ventana por la que había entrado, limpió sus pisadas y abandonó la casa por la puerta principal.

Al llegar a su propia casa, saludó con un grito a su madre que estaba en la lavandería y no la escuchó, subió raudamente las escaleras hasta dar con su cuarto para poder revisar su botín una vez más.

Luego de ordenarlo por enésima vez se dio cuenta de que algo faltaba, por más que buscaba, no podía encontrar el mechón de pelo atado con una cinta rosa. Entonces su rostro palideció y una sensación de aire helado recorrió toda su espalda humedecida por el sudor. Se dio cuenta de que el mechón permanecía aún en la habitación de Mariano.

Salió lo más rápido que pudo de su casa, corrió tan aprisa que casi se tropieza un par de veces, pero nada la detuvo, en su mirada se leía temor y decisión.

Llegó sudorosa y jadeante, pero el cansancio era un lujo que en ese momento no podía permitirse, así que se dirigió a la ventana de la cocina por la que había entrado horas antes. Estaba cerrada, ella misma lo había hecho y por ello se maldijo mil veces. Revisó todas las ventanas del primer piso y no dio con una sola abierta. Cuando ya se hallaba al borde del llanto divisó en el segundo nivel una ventana abierta que daba justo al árbol de duraznos, que estaba seco en aquella época del año. No podía creer lo que sus ojos veían y sin pensarlo por segunda vez, se dispuso a trepar hacia la ventana abierta. Sorprendentemente, en menos de dos minutos ya se encontraba adentro de la casa, en el cuarto de los padres de Mariano. Desde ahí tuvo que avanzar con el sigilo y la cautela que su condición física no le permitían, y encima tenía que secar las gotas de sudor de su frente cada pocos segundos con la punta de su vestido rosa, pues una gota delatora podía arruinarlo todo. Después de unos interminables cinco minutos logró llegar a la habitación de su amado, donde finalmente pudo respirar con tranquilidad, pues lo primero que divisó en el suelo fue el listón rosa amarrando el pelo rojizo de Mariano. Lo recogió con ternura maternal y acarició con él su rostro, luego lo guardó en su bolsillo y dejó aliviada la habitación.

Se sentía muy tonta por haber dejado pasar un detalle tan evidente, pero le tranquilizaba la idea de que al final, todo había salido bien. Al bajar el último escalón, echó un vistazo al segundo piso, ahogó una carcajada y se dirigió a la puerta principal. Entonces, colocó suavemente su mano sobre el manubrio, y antes de ejercer fuerza alguna, las bisagras crujieron y la puerta se abrió lentamente.